





## I

*Pulsadora del aire, prima mía;* sus ojos verdes, casi grises y expresamente abiertos iban entre las otras jovencitas de bien torneadas piernas y el ruido alborotado, la música, que seguramente desafinaba un poco, por el viejo escenario entre pintados telones y cortinas; ella bailaba, destacada y garbosa,

La Danza de las Horas de Ponchielli.

No es que fuera una bailarina profesional, nada por el estilo, pero como era bella, con mucha gracia, el gesto suyo recorría estelarmente casi todos los números artísticos del fin de curso escolar, tan cuidadosamente programado. Año tras año todo el mundo aplaudía. Alguna vez fue ángel, gitana, mariposa o quizá Colombina.

*Hay que darse mucho tono con to' estas maravillas y con mucho manoteo pa' que brillen las sortijas.*

Era su voz ligeramente grave. Paseaba por las calles con su madre hasta que altiva y casi desdenosa, sola (eliminó al padrino), entró al templo a casarse. Sus ojos verdes, casi grises, y toda la elegancia permisible para una ceremonia de esa índole, brillaban.

Las señoras saludan, buenas noches, buenas noches Doctor, buenas noches. Niños, buenas noches, damas y caballeros, buenas noches. Lejano Sr. Eliot, buenas noches:

No se moleste, siga usted leyendo parlamentos de Ofelia.

El templo estaba realmente impresionante, aunque algunos invitados, espléndidos, visitaban por vez primera la casa del Señor. Pero nadie negaría la abundancia de flores. Hortensias, dalias, claveles importados, crisantemos, gladiolos y rosas de los más diversos matices. Cortesía, graciosamente gratuita, debida a ciertas influencias del desposado, cuya familia, incidentalmente, vistió de negro en contraste con el tono cardenalicio del vestido de la madre de la novia, naturalmente elegante para la ocasión. No obstante, las joyas, contra la opinión de todos los cronistas sociales y buenos entendedores, no pasaban de ser finas fantasías e imitaciones más o menos bien hechas. No asistieron marquesas ni condesas, simplemente porque no fue posible agenciarse ninguna. Una ciudad de provincias nunca tiene todo lo necesario. Sin embargo, estaba todo lo que valía y brillaba por entonces, descontando alguna que otra mulaticea más o menos disimulada en el tumulto. — Espero que todo irá bien. Hemos de tener paciencia. Pero no puedo menos de llorar pensando. . . ¡Adiós, señoras! ¡Buenas noches, amables señoras! ¡Buenas noches, adiós, adiós!

Seguidla de cerca; vigiladla atentamente. Os lo suplico.

— He aquí romero que es para la memoria; acuérdate amor mío, te lo ruego.

## II

No hubo tiempo para que demasiadas libras deformaran su cuerpo.  
La enfermedad mordió, desbarató  
con lentitud precisa su organismo. Era hasta entonces  
el páncreas una inocua referencia de las anatomías y el azúcar  
se fabricaba sólo en los centrales.  
Por los años, tras sus sonrisas y sus ojos verdes,  
su pelo claro que a veces oscurecía de forma misteriosa  
y otras necesitó algún tinte para disimular la precocidad de las canas,  
*se la vio caminar* y, alentadora, *sin miedo a su guadaña*,  
siempre dejaba un ámbito  
de perfume cuidadosamente escogido, tras su paso.  
Un cartucho de almendras confitadas, un gesto leve,  
el comentario de alguna buena película americana, dos hijos  
rubios, vivarachos y hermosos,  
y alguna que otra vez una canción de moda o un himno religioso.  
Algunas cosas más eran también su rastro.

## III

Pero en los años más tristes, bajo cualquier pretexto,  
entre explosivos y armas levantadas,  
como cuando arreglaba flores recién cortadas en un búcaro antiguo,  
la oscurecida mesa del comedor, la cinta en el cabello de una niña;  
por esos tiempos, imprecisa y segura  
con sus apreciadísimas almendras confitadas, paseaba la ciudad  
cargada de elementos subversivos, a saber:  
tachuelas, bonos del 26 de julio, alimentos  
para los revolucionarios escondidos en las casas vecinas,  
recados de relativa importancia, palabras de aliento, rabia  
a veces a gritos contra el tirano.  
No es que fuera valiente en grado extremo,  
puede ser que en las noches abrazara a sus hijos y temblara de miedo,  
eso sí, ligeramente, *a oscuras, sin ser notada  
estando ya la casa sosegada.*  
Todas las tardes iba de visita  
a la vieja casona de su madre.  
Sus ojos verdes, casi grises, claros,  
saludaron los héroes con ternura.